

Xabier Gutiérrez **El bouquet del miedo**



El bouquet del miedo

Xabier
Gutiérrez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1358

Todos los personajes que aparecen en este libro son ficticios.

© Xabier Gutiérrez, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-233-5023-0
Depósito legal: B. 28.376-2015

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

El timbre del portero automático sonó con un tono extraño, como de interrogación.

—Será tu abuelo que se ha vuelto a olvidar las llaves —comentó Françoise Clavert a su hijo Alberto Parra—. Ábrele, porfa.

Este se dirigió al telefonillo con cara de circunstancia descolgándolo mientras sonreía.

—Ábreme, que me he olvidado las llaves. —Se oyó entre los ruidos de la calle.

Su sonrisa se trasformó en una breve risita mientras apretaba el botón de apertura mirando a su madre con complicidad.

Se acercó a la puerta de la calle y la abrió de par en par. Se dio media vuelta para seguir cocinando, pero decidió esperarle en el hall como si fuera un portero. Se oyó el traqueteo del ascensor llegando. La puerta se abrió con lentitud.

—Abuelo, que un día te vas a olvidar los pantalones. —Rio mientras lo abrazaba con cariño y besaba su calva como le gustaba hacer.

—Estaba convencido de que las tenía junto con las de la librería. Ha sido culpa de tu madre, que me ha echado a lavar la zamarra. Siempre las llevo en el bolsillo interno. —Se disculpó. Cuando llegó a la sala recriminó con media sonrisa a su nuera—: Sí, tú tienes la culpa. ¿Dónde están?

—Yo, sí claro, culpable de lavarte la ropa. Sin discusión alguna, lo soy. Están encima de tu mesilla, donde las dejo siempre que te lavo algo.

—¿Se cena en esta casa? —preguntó el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra irrumpiendo en la cocina con cara de hambre—. Hola, *aita* —dijo dirigiéndose en la distancia a su padre—, ¿qué tal ha ido el día, se ha vendido bien?

—Bueno, para ser un viernes perdido no ha ido mal. —Sonrió dejando un pequeño sobre de color marrón encima de la mesa—. La gente cada vez lee menos. La mayoría pretende que las historias se las cuenten en dos minutos a través de algún absurdo video de los que me enseña tu hijo en YouTube —le contestó mirando de soslayo a su nieto—. Y es verdad, ya no se vende como antes —prosiguió—. Cada año las ventas bajan un poquito más. A mi edad solo puedo ser consciente de la situación, no de modificarla.

—Si hubieras accedido en su momento a unir tu librería a alguna cadena estarías más protegido y las cosas irían mejor —afirmó Vicente.

—Eso ya sabes que nunca pasará —contestó el anciano con decisión y gesto de disgusto—. Es mi lugar y no pienso dejar que nadie meta mano en él para decidir qué tipos de libros tengo que tener o dejar de tener. Jamás.

El subcomisario puso los ojos en blanco y moviendo la cabeza levemente observó a su padre con media sonrisa mientras este dejaba sobre la mesa la funda de las gafas y un sobre blanco pequeño.

—Y, además, te lo he dicho muchas veces. No me gusta que vengas con la caja del día —le conminó su hijo mientras recogía el sobre sopesándolo y apreciando que su interior no era excesivamente jugoso.

—Pero si no son ni doscientos euros —replicó Martín con desdén—. Y además, ¿quién va a atracar a un viejo? Y si pasase, todavía tengo fuerzas para darle un guantazo y dejarlo tieso. ¡Qué te crees!

—Eso seguro, *aita*. No vengas con cuentos. Es preferible dejarlo en la caja fuerte y llevarlo mañana al banco —replicó el subcomisario con autoridad.

—Venga, no seas angustias hijo mío.

—¿Quieres que te cuente la cantidad de robos y asalt...?

—Que sí, que sí, que siempre me lo cuentas, vale, vale... —dijo interrumpiendo con brusquedad y algo de simpatía la conversación, mientras abandonaba la cocina en dirección a la sala para alejarse de la gresca.

—Cada día está más cascarrabias —comentó en voz baja el subcomisario.

—Déjalo en paz —expresó por señas Françoise—. Hay que cuidarlo. No le hagas rabiar. Que haga lo que quiera.

—¡Vuelve enseguida que la cena está ya preparada! —le gritó su nuera mientras terminaba de sacar los platos y ponerlos sobre la mesa de madera de la cocina.

—Ya, pero me preocupa que esté en la librería solo —insistió el subcomisario—. Tiene edad de jubilarse.

—Sí, hace muchos años que se le pasó esa edad. —Rio su nieto—. Pero como no le dejéis ir a su librería lo matáis de verdad —añadió.

Mientras terminaba de cuajar la tortilla de patata con cebolla, Alberto se puso a pelar los tomates que tenía preparados. Su padre lo observaba desde la distancia sentado en la silla del comedor, ensimismado en los pensamientos de su trabajo. Su hijo añadió aceite de oliva virgen primera prensada en frío y picó algo de comino en el mortero. Lo añadió al tomate y lo revolvió con suavidad. Por último agregó unas gotas de vinagre y un poco de azúcar glas. Fue entonces cuando su padre intervino.

—¿Le echas azúcar glas a la ensalada de tomate?

—¿No sueles decir que es la mejor ensalada de tomate del mundo? —apuntó su hijo—. Bueno, pues en parte es por ese pequeño detalle y por más cosas, claro. El azúcar es el comodín de la cocina. Si lo agregas en su justa

medida provoca cambios que potencian los sabores. En algunas ocasiones funciona igualito que la sal. En cualquier caso, si no tienes buenos tomates todo esto no sirve de nada —concluyó.

Cuando Martín volvió a la cocina ya estaban todos sentados. Su hijo se afanaba abriendo una botella de vino tinto rioja Marqués de Vargas 2013.

—Ese vino es increíble —comentó Alberto—. ¿A qué se debe ese caldo? —preguntó sonriendo.

—Últimamente a tu padre le ha dado por combinar la tortilla con la pequeña bodega que tiene en el trastero. Lo acabas de bajar, ¿no? —intervino Françoise—. La semana pasada hizo lo mismo. Hace cuatro años que empezó a formar la bodega y ya tiene unos cuantos vinos.

—Sí —contestó el subcomisario mientras terminaba de descorchar la botella—. Y me han recomendado unos cuantos vinos de la zona de Ribera del Duero que tengo pensado comprar en breve.

Su hijo sonrió con malicia a su madre y a su abuelo.

—El proceso de convertirse en un *gourmet* es irreversible. Si lo haces ya no hay marcha atrás —apuntó Martín—. Y es lo que le ha pasado a tu padre.

—Eso es —afirmó su nieto sonriendo—. Si aprendes a valorar la buena comida no existe camino de retorno a las antiguas costumbres. No puedes volver a devorar comida de supervivencia. Sabrás apreciar los alimentos de calidad durante el resto de tu vida. Supongo que son mecanismos de defensa del organismo, que se niega a volver al estado anterior. —Rio mientras se levantaba.

Vicente observó a su hijo mientras cambiaba los vasos por copas de vino esbeltas y transparentes. Alberto llenó apenas un cuarto de la capacidad de las copas y todos comenzaron a degustar el caldo mientras repartían la tortilla.

—Alberto, ¿qué notas de cata estás notando en el vino? —preguntó Françoise.

—Ostras, eso es difícil... —murmuró Alberto mientras volteaba con suavidad la copa en el aire y metía su nariz en el interior—. No sé.

Su padre y su abuelo hacían lo propio para intentar salir airosos del brete en el que en un instante los había metido la mujer.

—Bueno, yo diría que se nota la uva tempranillo —se atrevió a decir el joven dubitativo—. Hace lágrima espesa —añadió mientras volvía a mover la copa con garbo.

—Es frutal —intervino su abuelo—, en nariz y a la vez persistente.

—A ver qué dice la contraetiqueta —bromeó el subcomisario pasando la botella a su mujer.

Todos rieron mientras Françoise observaba la parte trasera de la botella.

—Sí, es verdad —afirmó ella—. Andáis muy cerca de la información que viene en la contraetiqueta. Es un gran vino. Veo que el curso de cata al que fuisteis sirvió de algo —dijo la madre sonriendo—. Es un Rioja. Un día tenemos que compararlo con un Ribera del Duero y con un Burdeos o un Borgoña.

El ambiente se mantuvo durante unos instantes; todos los comensales analizaban la profundidad de sabor del caldo mientras se cruzaban comentarios.

Al terminar la cena el subcomisario se puso a cortar queso manchego de Zamora en pequeñas lascas que iba repartiendo con ecuanimidad. Al llegar a su padre, y mientras le ofrecía una de ellas, le preguntó sosteniendo la mirada:

—¿Vas a ir a dormir a tu casa? ¿Por qué no te quedas aquí?

Françoise miró de reojo esperando una contestación telegráfica por parte del anciano.

—No, no, prefiero ir a casa, y no me vengas diciendo que es muy tarde para salir, que vivo aquí al lado. Estoy bien —concluyó sonriendo el abuelo.

El subcomisario no contestó. Françoise y Alberto

contemplaron la escena, que por un instante se había enrarecido, en silencio.

El abuelo rompió el instante tenso.

—Venga, no me mires así, si ya sabes que aquí estoy muy a gusto, pero mi casa es mi casa y me gusta dormir en mi habitación y en mi cama —argumentó el abuelo.

—Esta... también es tu casa —replicó lacónico y con cierto aire de reproche su hijo— y el médico dijo que desde el infarto era mejor que estuvieses en compañía...

—Los médicos no saben una mierda —replicó cortando sus palabras— y además tengo el móvil siempre a mano; ya han pasado cuatro años y con mis setenta y ocho tacos me encuentro de narices.

Alberto levantó la mirada del plato temiendo algún rifirrafe, que por otra parte nunca llegaba a materializarse, casi siempre gracias a la intervención de su madre.

Al nieto le encantaban esos arrebatos de bravuconería de los que hacía alarde su abuelo. Le miraba con media sonrisa cómplice. De alguna manera lo admiraba. Veía en él a una persona consecuente consigo misma y eso le llegaba muy adentro. Desde hacía varios años su abuelo se había convertido en su aliado. Sobre todo desde que, junto con su madre, le apoyó incondicionalmente cuando informó a su familia de que se iba a dedicar a la cocina.

—Françoise, ¿no tengo razón? —afirmó Martín más que preguntó.

—Sí, *aitona*, pero acuérdate de tener siempre el móvil cerca —contestó conciliadora como siempre—. Y con el volumen alto —añadió.

—Lo tengo siempre, nunca me separo de él.

—Sí, como el mes pasado, que tuve que ir a tu casa para comprobar qué sucedía porque no contestabas a la media docena de llamadas que te hice —cortó el subcomisario secamente.

—Eso fue... la pila que se había descargado.

—La batería, *aitona*, la batería.

—Lo que sea.

Alberto ayudó a recoger la mesa mientras su madre ponía en marcha el lavavajillas. Cuando terminó se puso la cazadora.

—*Aitona*, si vas a ir a tu casa espérame que bajo contigo; yo me voy a mi casa también.

—¿Habéis mirado algún otro piso? —preguntó su madre.

—No, todavía no —contestó evasivo.

—¿Y a qué esperas? Desde luego Alberto tienes el síndrome de rico, estáis pagando una pasta por el piso. No sé el de tu novia, pero un tercio de tu sueldo se va en pagar el alquiler.

Alberto se acercó a su madre y le dio un beso en los labios.

—Pero las vistas de las que disfruto con Amaia... ¿qué me dices?, ¿eh?

—Tu madre tiene razón en lo que dice —comentó el subcomisario mientras limpiaba el sacacorchos.

—Que sí, que ya lo vamos a mirar —insistió el joven.

—Dejadle en paz —intervino el abuelo—. Que haga lo que le dé la gana. Ya es mayorcito y si le gusta vivir delante del mar y desde el balcón puede ver si hay olas para surfear, pues mejor. Además Gros es un barrio muy agradable para vivir.

—Vámonos *aitona*. Que eres el único que me entiende. —Rio el joven mientras le echaba el brazo por el hombro haciendo ademán de marcharse. Casi en la puerta del ascensor oyeron la voz de Françoise, que se había asomado al descansillo.

—A ver pareja, ¿el domingo cómo organizamos lo de la cena?

—Eso el cocinero dirá —contestó Martín haciendo un gesto con la mano.

—A mí no me esperéis hasta la tarde, este domingo curro al mediodía, pero después ya cocinaré yo —apuntó Alberto.

—¡Eso espero!, solo faltaba que tuviera que cocinar yo para el cumple de tu novia —protestó Françoise.

—¡El cumple es el lunes! —gritó Alberto desde la lejanía.

—Ya lo sé —contestó su madre en voz inaudible.

La madre cerró la puerta y atravesó la casa en dirección al balcón mientras observaba al metódico subcomisario rasgando la hoja superior del almanaque. La siguiente marcaba sábado, 29 de septiembre de 2018. Eran ya las doce. Estrujó la del día 28 y la tiró a la papelera.

Tras la barandilla Françoise esperó a ver salir a su hijo y a su suegro. Cuando lo hicieron avanzaron unos metros juntos hasta llegar al borde de la acera.

La noche de verano estaba oscura y se notaba en el ambiente la humedad del sirimiri extremadamente fino que caía incesante brillantando la superficie del asfalto.

La moto del joven se encontraba estacionada delante del portal. Alberto retiró la funda de tela azul que envolvía el casco que llevaba en la mano y antes de ponérselo se acercó a su *aitona* y le dio un beso.

—Ten cuidado con la lluvia —le dijo Martín mientras le agarraba la mano.

—Siempre lo tengo —contestó sonriendo—. No te preocupes.

—Vaya casco más guapo que tienes —comentó el anciano.

—Sí, ¿te gusta?, es una serie limitada del piloto Valentino Rossi.

—Tiene luz y fuerza —dijo mirándolo curioso su abuelo—. Y menudos dibujos.

Martín observó cómo su nieto retiraba el candado de la rueda delantera, se montaba en la moto y arrancaba con un rugido sordo. Vio salir un leve humo de ambos tubos de escape. La potente luz de xenón del faro delantero iluminó la cortina de lluvia que caía. Alberto metió la primera e hizo un gesto de despedida con el pie. Su abuelo correspondió con la mano y lo vio alejarse. El mo-

tor de la Ducati Monster 696 aceleró obedeciendo a los mandos de su propietario y levantando una pequeña estela de agua tras su rueda trasera.

El anciano sintió una punzada de envidia: por no ser él quien controlara los mandos; por no poder experimentar la libertad que dan las motos, ese cosquilleo mezcla de placer y de peligro que libera la adrenalina atrapada en el interior. Pero a su edad, y con artrosis avanzada, era una empresa inalcanzable.

Martín recordó la ocasión en que le regaló una bicicleta a su hijo Vicente cuando este era un niño de nueve años. Un esfuerzo económico para la época. Conseguir el preciado objeto para su hijo, ese obsequio que él no pudo disfrutar a su edad, que, sin embargo, le produjo una sensación tanto o más placentera que si él mismo hubiera sido el chaval. Se acordó del manillar alto con empuñaduras blancas de goma estriada; del color azul del cuadro y el sillín negro con pequeños muelles bajo su estructura. De las ruedas ribeteadas de blanco. «Creo que todavía la conserva en el desván. No lo sé», pensó el anciano.

Estaba tan absorto en sus pensamientos, entre la visión de la moto y el recuerdo de la bicicleta, que solo una gota de agua resbalando por su nariz le recordó que había olvidado abrir el paraguas que llevaba en la mano. Lo abrió y comenzó a caminar hacia su casa. Bordeó la pared del edificio y desapareció, siendo observado desde el balcón por la atenta mirada de su nuera.

«Martín está mayor, pero está ágil de mente, y qué bien se lleva con Alberto. Cuanta más distancia de edad existe entre las personas mejor pueden llegar a entenderse —pensó la mujer—. Quizá porque la senectud se parece tanto a la juventud. Porque nada importa. Solo vivir sin ataduras. Se parecen porque las expectativas de descubrir la vida son parecidas a las de haberlo hecho ya y darse cuenta de lo poco que importan la mayoría de las cosas —caviló—. Se llevan tan bien porque la lógica sobre la trascendencia de la vida es un camelo que solo nos

engaña a nosotros y ambos lo ven así —se repitió Françoise—. Los estúpidos adultos tendríamos que aprender de ellos», sonrió con la mirada perdida en la calle vacía.

Y recordó la conversación telefónica de hacía unas horas con Pierre, hijo de su primer matrimonio con Claude Miraud. Aquel casi no conoció a su padre, un estúpido accidente en México truncó la vida de Claude tempranamente. Pierre era biólogo y siempre le contaba sus historias desde París, donde residía. Esta vez le explicó que había dejado de salir con la novia de los últimos dos años y Françoise le había transmitido la misma reflexión que ahora ocupaba sus pensamientos: «Le damos demasiada importancia a cosas que no la tienen».

El sonido del móvil de trabajo de su marido la devolvió al mundo bruscamente.

Se metió en la sala cerrando tras ella la puerta del balcón. Miró al policía con ojos de extrañeza al tiempo que fijaba su mirada en el reloj digital que presidía la sala de estar.

Las doce horas y seis minutos de la noche.

El subcomisario descolgó con cara seria. Era una llamada de urgencia de su subordinado y compañero de trabajo, el oficial Arkaitz, Kai, como le gustaba que le llamaran.

Los ojos de Françoise se detuvieron en su rostro previendo una noche en solitario.

Cuando colgó estuvo unos segundos sin hablar.

—Tengo que salir de inmediato, me vienen a buscar —informó lacónico.

Cuando el subcomisario volvió a casa eran casi las siete de la mañana y su mujer se disponía a marchar a trabajar a la escuela de arte Kunsthal en Irún, donde ejercía de profesora de arte mesoamericano desde hacía muchos años.